





LA RAZA

ENTENDEMOS POR RAZA LA IDENTIFICACIÓN del hombre mochica ubicado en el tiempo de su dominio cultural y en nuestro presente. Según esto, el estudio de la raza mochica tiene que concretarse al pasado y al presente; al hombre desaparecido, cuyo espíritu se asoma en todas las grandes obras que ha dejado, y al hombre que en nuestros días mira pasar el tiempo y se aferra a su tradición, a su tronco de origen en una serie de manifestaciones vitales.

Para identificar al mochica del pasado contamos, en primer lugar, con los estudios de los monogenistas y poligenistas, que al tratar sobre el origen del hombre americano han incidido en la raza costeña del norte que nos ocupa; en segundo lugar, con los restos óseos, con todo el material cerámico que reproduce las formas humanas; y en tercer lugar, con las informaciones de los cronistas, así como con los estudios de los historiadores y arqueólogos de la época republicana.

Para presentar al hombre mochica proyectado hasta nuestros días contamos con los pocos habitantes indígenas de Moche, Virú, Huanchaco, Simbal y otras localidades más, cuyos caracteres etnológicos, etnográficos y antropológicos reviven el alma mochica.

EL MOCHICA DEL PASADO

Antes de entrar de lleno en la discusión del problema del hombre mochica, debemos comenzar por hacer un breve análisis de algunas de las teorías que se han sustentado acerca del origen del hombre americano, ya que tienen que estar íntimamente ligadas a las del origen y evolución del mochica.

Monogenistas y poligenistas

Basados en ciertas analogías, los hombres de ciencia han divagado, a su modo, dentro de las escuelas monogenistas y poligenistas. En lo que se refiere a América, los poligenistas se fundan en la existencia de múltiples razas, con costumbres y caracteres diferentes, conviviendo en este continente, para manifestar, asidos a esa multiplicidad, la creencia de que el hombre americano proviene de varias matrices o fuentes originarias.

Blumenbach rechaza lo anterior y sostiene la “unidad de la raza americana”, en la cual funde todas las poblaciones del continente, excepto los esquimales, según uno de sus comentadores. A la par que Humboldt, el notable hombre de ciencia alemán a quien deben los estudios geográficos americanos notables hallazgos, mantiene, más tarde, igual teoría y la explica en su importante trabajo titulado: *Voyage Aux Regions Equinoxiales*, donde afirma que los “indios de Nueva España presentan un parecido general con los de

Fig. No. 125.- Pieza escultórica que representa el verdadero rostro de la raza mochica. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-045)

Canadá, Florida, Perú y el Brasil”. Virchow, a su vez, adopta una actitud opuesta: se muestra contrario a la unidad sostenida por los autores anteriormente citados y afirma que “desde el punto de vista de la clasificación antropológica, se acumulan pruebas concluyentes para llegar a la deducción de que entre la población autóctona de América no hubo una unidad de raza”; mientras Antón dice: “No ha faltado quien estime que los americanos indígenas, desde el Estrecho de Behring al Cabo de Hornos, constituyen una sola raza con caracteres distintivos propios”. En particular, nos inclinamos a pensar como Humboldt y Morton, el jefe de la escuela americana y uno de los más notables antropólogos del continente, quien en su estudio *Crania americana or a comparative view of skulls of various aboriginal nations of north and south America* (Philadelphia) mantiene la convicción de que los nativos americanos poseen ciertos caracteres físicos y morales y ciertas costumbres que permiten identificarlos en los lugares más remotos. Hay, pues, un substratum que identifica a los americanos, que les imprime una unidad y los diferencia de los pobladores de otros continentes. Pero, según las regiones, sobre ese fondo común racial se yerguen diferencias. Y lo encontramos lógico. En latitudes tan amplias, dotadas de climas variados, en tierras distintas por su subsuelo y su relieve, su flora y su fauna, no podía existir uniformidad completa en la humanidad que las poblaba; de aquí que podamos comprobar esa diferencia de tipos, no solamente entre los existentes en lugares apartados, sino también entre los tipos comprendidos dentro de un mismo país.

Tratándose de las teorías autoctonistas en cuanto a la raza, las que enfocan nuestra atención, no podemos dejar de lado las declaraciones terminantes hechas por Brinton en su discurso como presidente del Congreso Internacional de Chicago, declaraciones que acusan las influencias de los poligenistas Desmoulins, Bory y Zeune, que son las siguientes: “Yo mantendré, pues, que hasta el día de hoy no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito o rito religioso, ni una planta o un animal, ni un instrumento, ni una arma o símbolo en uso, al descubrimiento de América, que hubiera sido antes importado del Asia o de otro continente del Antiguo Mundo”. De allí que nuestro pensamiento esté orientado en el sentido de que siendo

una misma la raza americana, ha tenido que sufrir variaciones de acuerdo con el medio ambiente y las condiciones que la rodeaban. El problema del autoctonismo de la raza americana, planteado sobre bases firmes, gana día a día terreno.

M. Quaterfages, en su clasificación de las razas mixtas americanas, incluye entre las peruanas la aimara, quechua y la yunga, pero olvida a los urus del Titicaca, que parecen formar raza aparte, pero no ha hecho una clasificación de los yungas, ni menos se ha referido a los viejos pobladores que ocuparon las regiones costaneras del Perú en un período de más de 2.000 años. Antón, en su clasificación de razas americanas, también considera entre la “subraza” peruana a los yungas. Estos dos grandes hombres de ciencia han debido hacer una clasificación más completa en lo que se refiere a los mochicas, que ofrecen caracteres etnológicos distintos de los de los pobladores quechuas que con posterioridad ocuparon el territorio dominado por aquéllos.

Sobre el origen del hombre americano, además, se han formulado numerosas teorías e hipótesis que tratan la procedencia bíblica, egipcia, cartaginesa, fenicia, griega, indostánica, sumerio-caldea-asiria, romana, hispana, francesa, inglesa, escandinava y noruega, oceánica, mongólica, japonesa y siberiana. Sobre cada una de estas procedencias se han escrito libros enteros con mil razones y fundadas en similitudes lingüísticas y modos de vivir y obrar. Asimismo, están todavía en pie todas las teorías de las comunicaciones intercontinentales con sus sostenedores e impugnadores. Y el problema no está resuelto todavía.

Los restos óseos

Son muy pocos los restos óseos obtenidos de las excavaciones que hemos realizado en los distintos valles que formaron parte del territorio mochica. El tiempo ha obrado impiamente y hemos logrado salvar sólo una que otra pieza como preciado rescate. Parte de este material, especialmente el craneológico, lo hemos puesto en manos de expertos y nos place ofrecer a continuación el resultado de las mediciones practicadas por el Dr. Pedro Weiss, en el Laboratorio Antropológico de la Universidad Mayor de San Marcos, sobre un cráneo procedente de una tumba mochica del valle de



Fig. No. 126.- Las cinco formas de un importante cráneo braquicéfalo mochica encontrado en las necrópolis de Salamanca.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 127.- CRÁNEO MOCHICA

Calvarium - Adultus - Masculino - Asoleado - Ligera sinostosis de la sagital en una parte posterior.- Sutura lambdoidea y tercio medio de la coronal en ambos lados de tipo 8 y 9 de Oppenheimer.- Curvatura de la escama del occipital muy marcada.- Piezas dentarias con atrición.- Desgaste alveolar por piorrea en casi todas las piezas de ambas mandíbulas.- En el maxilar superior los alvéolos correspondientes a los premolares de ambas mandíbulas.- En el maxilar superior los alvéolos correspondientes a los premolares de ambos lados se muestran reabsorbidos. Faltan varias piezas caídas post mortem.

Cabeza dolicocefala - de alto medio - frente media - cara corta y ancha - nariz y paladar anchos.

Medidas:

Índice cefálico	(eu-eu) (g - op)	71,82	Dolicocráneo
Índice vertical	(ba-b) (g-op)	71,27	Orthocráneo
Índice frontal transverso	(ft - ft) (co-co)	81,42	Medio
Fronto-parietal transverso	(ft - ft) (eu-eu)	70,77	Megasemo
Índice del foramen magno	(Ancho máx.) (ba-o)	87,57	Ancho
Índice facial superior	(n - pr) (zy-zy)	46,26	Cara corta (Euryen)
Índice facial sup. de Virchow	(n - pr) (zm-zm)	65,26	Cara ancha (Chemaesprosop)
Índice orbitales	Derecho Izquierdo	70,45 71,11	Órbitas bajas (Chemaekonch)
Índice nasal	(Ancho máx.) (n - ns)	55,10	Nariz ancha (chamaerrhin)
Índice palatino	(enm-enm) (ol-sta)	90,20	Paladar ancho (Brachystaphylin)

Fig. No. 128.- CRÁNEO CHIMÚ

Calvarium-Juvenis con deformación artificial-asoleada. Lambdoidea y tercio lateral de ambos lados de la coronal de tipo 7 y 8 de Oppenheimer. Plagiocefalia.

Dientes con atrición. Todas las piezas desarrolladas; faltan varias por caída post mortem.

Cabeza deformada. - Hiperbraquicefalia artificial - chata, frente cuadrada, cara superior corta ancha, órbitas altas, nariz ancha, paladar mediano.

Medidas:

Índice cefálico	(eu-eu) (g op)	116,20	Ultra braquicefalia.- Braquicefalia artificial
Índice vertical	(ba-b) (g-op)	68,51	Chamaecran
Índice frontal transverso	(ft - ft) (co-co)	76,27	Frente tipo cuadrada
Fronto-parietal transverso	(ft - ft) (eu-eu)	52,41	Ultramicrosemo
Índice del foramen magno (Ancho máx.)	(ba-o)	93,10	Ancho
Índice facial superior (n - pr)	(zy-zy)	47,66	Cara corta (Euryen)
Índ. facial sup. de Virchow	(n - pr) (zm-zm)	67,03	Cara ancha (Chemaesprosop)
Índices orbitales	Derecho Izquierda	103,03 102,08	Órbitas altas (Hypiskonch)
Índice nasal	(Ancho máx.) (n - ns)	52,08	Nariz ancha (chamaerrhin)
Índice palatino	(enm-enm) (el-sta)	81,25	Paladar mediano (Mesostaphylin)

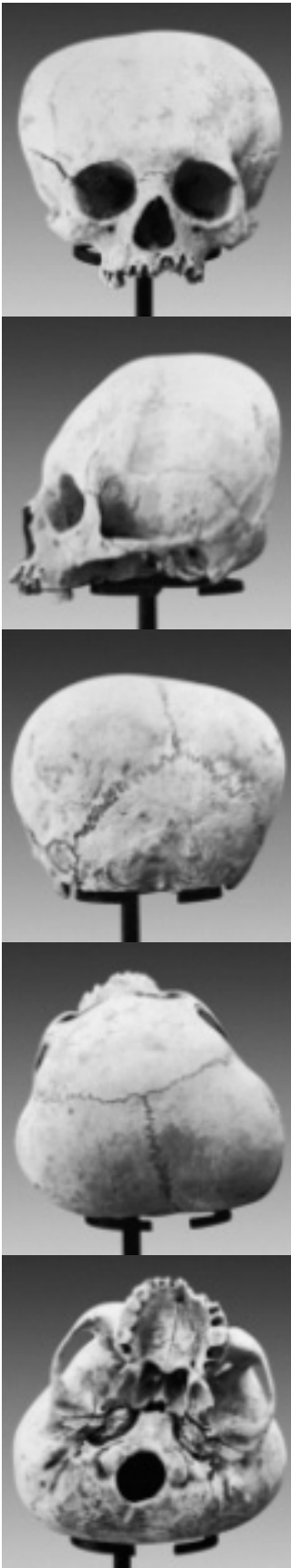




Fig. No. 129.- Cráneo incaico braquicéfalo, exhumado de los cementerios de Salamanca, valle de Chicama.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 130.- Uno de los rarísimos cráneos mochicas dolicocefalos encontrados en una tumba del costado de la Huaca de la Luna, Moche.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

Chicama y otro procedente de enterramientos posteriores, del período chimú. El resultado de estas mediciones nos demuestra la dolicocefalia mochica (Figs. Nos. 126, 127, 128, 129 y 130).

Nuestras observaciones sobre los cadáveres mochicas exhumados y sobre la cerámica nos permiten dar la primera serie de caracteres étnicos del antiguo mochica: eran de mediana estatura, variando entre 1,45 m y 1,62 m; sus huesos recios y bastante gruesos denunciaban gran fortaleza física; sus piernas cortas, torso alargado y espaldas anchas son signos de vigor y agilidad.

Cerámica

Analizando los ceramios en su forma y expresión, se descubre una gran diversidad de tipos cuyas características étnicas nos mueven a pensar en un complejo racial o bien en una unidad de pluralidad caprichosa. Pues no es posible creer que las reproducciones de tipos netamente indios, blancos, mongoles y negroides se deban a la coincidencia o al acaso del ceramista. Han debido existir rasgos cuya particularización ha sido perpetuada por el alfarero.

Y así, sobre el particular podemos asistir al siguiente desfile de tipos raciales dentro de la cerámica: perfiles de gran pureza de líneas que reflejan tipos europeos (Fig. No. 131 y Fig. No. 132); caras de ojos rasgados, cuyos extremos se alzan hacia arriba con pómulos

salientes (Fig. No. 133 y 134) y barbudos de tipo ario (Fig. No. 135); y por último, narices achatadas, de anchas fosas y labios abultados, que corresponden a los tipos netamente negroides (Fig. No. 136).

Sin embargo, llevando nuestro análisis a la actual población indígena de la costa y sierra del departamento de La Libertad, nos sorprendemos comprobando indios genuinos que reproducen facciones negroides, mongólicas y hasta europeas, como podrá apreciarse en las ilustraciones que ofrecemos y en las notas explicativas que corren al final de este capítulo. Esto nos lleva, pues, a la convicción de la existencia de variaciones tipológicas dentro de la armonía de una misma raza, que nos induce a rechazar de plano las influencias exóticas. Algo más: estudiando las familias de Moche hemos podido comprobar dentro de un mismo hogar la presencia de una variedad de tipos que mueven a creerlos de un origen distinto. Desde el indio de facciones finísimas (Figs. Nos. 137 y 138), hasta el tipo similar al negroide (Fig. No. 156), pero de facciones netamente indias. No son, pues, influencias de razas extranjeras; son tipos autóctonos perfectamente indios que se representan dentro del pueblo mochica. Existen, desde luego, desde el tipo refinado, de nariz fina aquilina, hasta el indio común, de facciones vulgares y toscas y labios prominentes, como los de los negros. Se trata de variaciones de tipo dentro de la misma raza que, como repetimos, no reflejan, por ningún motivo, influencia extraña.



Fig. No. 131.- Escultura de facciones caucásicas, de nariz roma y tatuaje que simula barba y bigotes.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (047-005-001)